

GILLESPIE, Michael Allen (2009)*The Theological Origins of Modernity*

The University of Chicago Press, Chicago y Londres.

Nos encontramos frente a una obra densa pero fascinante, en la que, con la destreza que otorga la experiencia, Michael Gillespie, profesor del departamento de filosofía de Duke University desde 1983, defiende la –ya casi trillada, pero aún poco comprendida– tesis de que la modernidad no se origina en el siglo XVI o XVII con Galileo, Bacon, Descartes o Hobbes, como suele aceptarse comúnmente, sino mucho antes, en el siglo XIII con el advenimiento del nominalismo.

En el prefacio a la obra, Gillespie parte de que la nuestra es una era visual, y que las dos imágenes clave para comprender el mundo actual son la caída del muro de Berlín y el atentado a las Torres Gemelas, símbolos profundamente arraigados en el inconsciente colectivo. El primero representa el totalitarismo, el enfrentamiento entre un mundo libre y esclavo, cuyo fin acabó con la insoportable tensión de la “guerra fría”, abriendo así perspectivas de paz y prosperidad. Por su parte, el segundo es la afirmación de un mundo liberal globalizado, consecuencia de la propagación de las instituciones y valores occidentales a todo el mundo, cuyo destino único y necesario de libertad y felicidad se pone en cuestión tras el atentado. Según el autor, tildar de fanatismo religioso a lo que se opone de manera irracional y violenta a la igualdad, la libertad, la prosperidad, el pluralismo, la tolerancia y otros tantos valores que se han ido asentando a lo largo de los años en la cultura moderna occidental, sólo lleva a una mayor perplejidad y, en realidad, es consecuencia de la ignorancia. El principal problema no es que el mundo occidental no pueda comprender a quienes piensan de diferente modo, sino que no pueda comprenderse a sí mismo, y una de las principales razones es que ha renunciado a su mismo origen, al desplazar las creencias religiosas de un lugar central para la vida pública, al ámbito de lo privado, cuya realización no debe afectar a la autoridad secular, la ciencia o la razón. Rastrear el origen de esa fractura es el propósito que Gillespie se propone en este ambicioso trabajo.

Según el autor, la clave para comprender la compleja evolución que se ha producido en la historia de Occidente está en no aceptar la idea simplista de que lo esencial de la modernidad es su carácter secular, es decir, que el hombre se ubica en el centro del Universo –lugar previamente ocupado por Dios– para dominar a la naturaleza gracias a la ciencia y la tecnología. Más aún, des-

RECENSIONES

taca que se incurre en un error al considerar a la modernidad agnóstica, anti-religiosa o incluso atea en sus orígenes, puesto que “la modernidad se entiende mejor como un intento de encontrar una nueva respuesta metafísico-teológica a la pregunta sobre la relación entre Dios, el hombre y el mundo natural que surgió en el mundo bajo medieval como resultado de una lucha titánica entre elementos contradictorios dentro del mismo Cristianismo” (xii).

La modernidad es entonces, para Gillespie, el resultado de numerosos intentos de resolver un problema ontológico que está implícito en la filosofía de Duns Scoto y que se explicita en la doctrina de Guillermo de Ockham –y que daría origen a la revolución nominalista– poniendo en duda el conocimiento de Dios, del hombre, de la naturaleza, del ser y de la razón. Esa será la línea argumentativa de la obra: rastrear la huella del nominalismo en las distintas cosmovisiones que se fueron sucediendo a lo largo de la modernidad temprana.

El libro consta de una introducción y ocho capítulos, además de prefacio, epílogo y un extenso apartado de notas bibliográficas e índice de autores. El plan de la obra surge de la consideración de la metafísica en la filosofía medieval, que se dividía en *metaphysica generalis*, que versaba sobre las cuestiones ontológicas (la naturaleza del ser y de la razón) y que incluía la lógica y la ontología; y *metaphysica specialis*, que se ocupaba de las cuestiones ónticas o realidades específicas: la humana, la natural y la divina, y que comprendía por tanto la teología racional, la cosmología racional y la antropología racional.

Desde el punto de vista ontológico, la revolución nominalista significó un cambio de paradigma que se tornó irreversible, expresado principalmente por el individualismo ontológico. El primer capítulo “La revolución nominalista y el origen de la modernidad” da cuenta de ello. Según esta perspectiva, las distintas reacciones compartieron el mismo enfoque, diferenciándose en la prioridad otorgada a las realidades específicas.

Desde el punto de vista óntico, las primeras reacciones serían: el Humanismo, que prioriza lo humano (Caps. 2: “Petrarca y la invención de la individualidad”, y 3: “El humanismo y la apoteosis del hombre”) y la Reforma Protestante, que enfatiza lo divino (Cap. 4: “Lutero y la tormenta de la fe”). Estos enfoques son contrastados en un capítulo aparte, titulado “Contradicciones de la pre-modernidad”. Tanto el Humanismo como la Reforma aceptan la ontología nominalista del individualismo radical, pero se diferencian en el punto de partida: el Humanismo parte del hombre e intenta comprender las otras realidades antropomórficamente; los Reformadores parten de Dios e interpretan al hombre y la naturaleza teológicamente. Ninguno pretendía eliminar ni a Dios ni al hombre, sin embargo, al negar cada posición el terreno

RECENSIONES

de la otra, o acaba el hombre por ser una marioneta de Dios, o se pone en duda la omnipotencia divina.

Aún queda una tercera realidad óptica –la natural– y será objeto del resto de la obra. Sin embargo, cabe advertir que el concepto de naturaleza moderno no es el mismo que prevaleció en el mundo clásico, sino que se corresponde con una visión mecánica del mundo. Así, el autor establece un paralelo con su tratamiento del mundo pre-moderno (Humanismo-Reforma) aunque no en el plano de la libertad (humana o divina) sino ahora de la naturaleza, con las tradiciones que inician Descartes, priorizando lo humano (Cap. 6: “El camino hacia la verdad de Descartes”) y Hobbes, acentuando lo divino (Cap. 7: “La temerosa sabiduría de Hobbes”).

Descartes y Hobbes intentaron comprender el mundo no como producto de una libertad humana absoluta o de una voluntad divina omnipotente sino como resultado del movimiento mecánico de la naturaleza. Así, la modernidad sería resultado de una revolución óptica en el terreno de la metafísica nominalista, que reinterpreta lo humano y lo divino desde la naturaleza, pero no puede resolver el problema de fondo, que es la oposición entre necesidad natural y libertad humana. Asimismo, ambos autores diferían en el modo de ver lo divino en el horizonte naturalista. Descartes pone al hombre a la altura de los otros seres (*res extensa*) pero reconoce algo incorpóreo (*res cogitans*) y por lo tanto comparable con Dios. Para Hobbes, en cambio, no hay diferencia entre el hombre y el resto de la naturaleza. Aunque Descartes deja un espacio para la libertad humana, mientras que Hobbes somete todo a la necesidad natural –predestinación divina–, ambos siguieron luego caminos similares. Se oponían al fanatismo religioso y al dogmatismo escolástico, compartían la visión epistemológica de que había que dejar lugar a la representación del mundo y que la ciencia ocupa un lugar central, en especial el método, cuya superioridad provenía de la matemática.

Los protagonistas seleccionados por Gillespie para este relato, tanto los humanistas renacentistas como Lutero, eran personas piadosas, muchas veces en grado extremo. También lo eran Descartes y Hobbes –generalmente cuestionados en este aspecto–, aunque comprendían la religión dentro de una metafísica especial más naturalista, con el objeto de disminuir los conflictos humanos. Sin embargo, el Dios que se desprende de sus teorías es un constructo humano, racionalizado, cuya existencia queda supeditada a la fe, con lo cual, sin pretenderlo, promovieron la tesis subyacente al proceso de secularización, a saber: que Dios no existe y que la religión es una construcción humana. Herederos de la tradición nominalista, ninguno de los dos es capaz de concebir a un Dios providente, amoroso y misericordioso, porque han reemplazado el

RECENSIONES

“quién” por el “cómo”, la idea de un Dios personal por la de un motor mecánico. Descartes intentó hacer a Dios comprensible a la mente humana y Hobbes resaltó la insignificancia del hombre, pero ambos transformaron sus atributos, capacidades y poderes esenciales en otras entidades o realidades -el hombre o la naturaleza-, haciendo que Dios sea irrelevante para la vida humana.

El último capítulo, “Las contradicciones del Iluminismo y la crisis de la modernidad”, evidencia las tradiciones que inician Hobbes y Descartes¹, con especial atención a las antinomias kantianas². Con el correr de los años, los atributos que tradicionalmente se atribuían a Dios se fueron repartiendo entre otras realidades: la voluntad infinita a los seres humanos; la causalidad universal al mundo natural (mecánico); la voluntad general a las fuerzas sociales (mano invisible); el progreso a la historia (desarrollo dialéctico); y sobre estas bases, se construiría el pensamiento moderno.

Gillespie demuestra a lo largo de casi 400 páginas ser un gran conocedor de la filosofía y la historia. Con comienzos de capítulos novelados, un guiño que se transforma luego en cortesía al proseguir con una prosa clara y un hilo argumental impecable, visible a pesar de la inmensidad de detalles y elementos que aparecen a lo largo del desarrollo, el autor logra mantener al lector entusiasmado y en algunos momentos hasta fascinado por la integración razonable entre fe y razón que se deriva del argumento, fundamental para una mejor comprensión de la compleja realidad que se delinea al comienzo, algo que no es propio de la retórica sino, más bien, de la cercanía a la verdad. Una verdad que está latente a lo largo de toda la obra, y que invita a replantear el camino escogido.

Germán Scalzo

Departamento de Economía. Universidad de Navarra

¹ El camino comenzado por Descartes fue seguido por Malebranche, Leibniz y en parte por Rousseau. Por su parte, la causalidad mecánica de Hobbes inspiró a Espinoza, Locke, Newton, Hume, Smith y Mill. La Revolución Francesa pone en tela de juicio la fe en que la razón puede reglar el mundo, que el progreso es inevitable y que el Iluminismo llevaría a una era de paz, prosperidad y libertad.

² En el centro del proyecto de Descartes y Hobbes estaba la fe en que la humanidad iluminada podría descubrir una verdad apodíctica que llevaría al progreso. Sin embargo, Kant se percató de que la razón podría caer en aporías o contradicciones (antinomias), que amenazarían el proyecto de *mathesis universalis* retornando nuevamente a la Humanidad al escepticismo.